

L u i s O y a r z ú n

Lastarria y los comienzos del pensamiento
filosófico en Chile durante el siglo XIX

S U M A R I O

I. La necesidad de una filosofía: los problemas filosóficos de Lastarria; filosofía y política; la recepción de las ideas filosóficas en Chile; la idea de la filosofía en el pensamiento de Lastarria.

II. La Idea de Humanidad: la bondad de la naturaleza humana; Lastarria y el romanticismo; naturaleza humana y libertad; la inteligencia y el sentimiento en la historia; la perfección moral del hombre; la idea de la religión.

LA NECESIDAD DE UNA FILOSOFIA (1)

Sólo por excepción se han dado en nuestra América los elementos necesarios para el trabajo puro del espíritu, difícilmente realizable en un medio entregado casi por completo a ocupaciones de rendimiento inmediato. Los afanes especulativos no han surgido por eso entre nosotros sino después de vencer obstáculos innumerables que acaso contribuyen a que el pensamiento desinteresado aparezca por lo general como expresión puramente imitativa y anémica, desvinculada casi siempre de las realidades circundantes. El extranjerismo ha determinado frecuentemente, por su parte, una actitud escéptica hecha de elegante y refinada contemplación de fenómenos lejanos, o la imitación lisa y llana de lo extraño, posturas ambas que comúnmente son el resultado de una imperfecta asimilación de los contenidos culturales externos. No se realiza, en efecto, la absorción creadora de una cultura sino cuando el ser que asimila—hombre o pueblo—tiene ya una cierta posesión de sí que le permita expresar originalmente su propia naturaleza. Sin ella, los elementos foráneos, lejos de enriquecer el caudal interior, se agregan a la vida como cosa postiza que, al entrar en conflicto con los impulsos internos, determina una ruptura de la personalidad, cuyas consecuencias suelen ser el escepticismo o el resentimiento. Tal ha sido, en muchos casos, el drama de nuestros intelectuales.

Divorciada de los mundos teóricos, la inteligencia, en cambio, ha debido volverse entre nosotros hacia la vida de la acción, arrastrada irresistiblemente por la urgencia de crear formas o mecanismos sociales en un continente poblado por la pura naturaleza. No han escapado a este destino escritores que, como la mayoría de los literatos chilenos del siglo XIX, debieron repartir su vida entre la política y las letras. Algunos de ellos

(1) El presente artículo corresponde al primer capítulo de la obra «El Pensamiento de Lastarria», que publicará próximamente en la colección **Tierra Firme**, la editorial mexicana Fondo de Cultura Económica, que nos ha autorizado para publicarlo en la **Revista**.

se dieron a la tarea de establecer vinculaciones entre ambas esferas, de modo que su obra literaria fuese como una fundamentación teórica de su labor política. El más importante de los publicistas que representan en Chile esa actitud durante el siglo XIX ha sido probablemente Lastarria. En él aparece por primera vez nítidamente formulada la idea de que la República, que exige un cambio fundamental en el régimen de vida de los países hispanoamericanos, requiere imperiosamente para su plena realización el empleo de una doctrina sobre el hombre y la sociedad que pueda servir de guía a la política de las nuevas generaciones. En el momento en que comienza su carrera pública—en las cercanías de 1840—; la Emancipación parecía consolidada sobre sus bases fundamentales. La Colonia no era más que un hecho del pasado. La vida social, sin embargo, después de las convulsiones que provocaron las guerras de la Independencia, aparecía ante los ojos de Lastarria como una simple continuación de la era colonial. Dejando aparte la conquista de la soberanía, la revolución contra España no había producido efectos apreciables. Un despotismo había sido reemplazado por otro. El pensamiento de Lastarria brota íntegramente de la conciencia de tal hecho y de un apasionado deseo de rectificar el curso de los acontecimientos, para completar, en el plano de la organización institucional y en el orbe interior de las conciencias, el proceso de incalculables proyecciones históricas que los padres de la patria habían iniciado en los campos de batalla.

En las páginas que siguen veremos de qué manera los numerosos temas que fueron objeto de la meditación de Lastarria componen una rigurosa unidad que tiene como centro el problema político, pues su filosofía no es sino una reflexión acerca de las instituciones y su singularidad entre nosotros consistió justamente en prolongar el pensamiento político hacia los restantes planos que deben servirle de fundamentación teórica. Y si de ahí surge, como de una fuente propulsora, la obra de Lastarria en toda su amplitud, de ahí también derivan sus grandes limitaciones. Si se agrupan por orden de importancia los diversos órganos que constituyen su sistema ideológico, es fácil advertir que éste no es, en el fondo, otra cosa que un código constitucional apoyado en supuestos e ideales de carácter filosófico, un conjunto de leyes positivas que reposa en una concepción del Estado y en una idea del hombre, del mismo modo que las leyes de Manú, por ejemplo, contenían por debajo de su articulado imperativo, una cosmogonía, un sistema del mundo y de los dioses.

La necesidad de completar la Independencia hacía para Lastarria urgente el planteo de algunas cuestiones fundamentales vincula-

das a la filosofía y a la historia. ¿Cuál fué el carácter del régimen colonial y en qué medida contribuyó a constituir los trazos permanentes de la nacionalidad chilena? ¿Cuál es el significado de la Independencia, cuáles fueron sus propósitos cardinales y cuáles son los medios más adecuados para alcanzarlos? ¿Cómo operar la reforma de la sociedad en el nuevo régimen? ¿A qué idea del hombre deben servir las instituciones republicanas? ¿Cuáles son los fines supremos de la vida? Tales preguntas están en la raíz de toda la reflexión que Lastarria, con extraordinaria fidelidad a sí mismo, prosiguió hasta el final de su vida. La respuesta no era fácil y en muchos casos no podía ser concluyente. Le faltaban datos históricos e información filosófica y aun disponiendo de ellos, habría sido imposible encontrar soluciones de validez universal. Los tiempos, no obstante, no admitían espera: era necesario organizar la nación sobre bases intelectuales concluyentes y precisas. Cegado por un fervor que solía llegar al fanatismo, Lastarria se atrevió a contestar cada uno de esos interrogantes, a pesar de que no era sino un político comprometido en las faenas del pensamiento. No sería, entonces, justo pedirle ni originalidad ni hondura. Elaboró sus doctrinas a la carrera, sumergido en la corriente de los hechos en que él mismo era actor de primera importancia, a la desesperada y sin reposo, recogiendo desordenadamente ideas de donde pudo, sin preocuparse demasiado de criticarlas ni esclarecerlas. Su empresa intelectual, sin embargo, situada en el marco histórico de su tiempo, posee relieves que la hacen digna de estimación y de recuerdo. No era fácil, en efecto, pensar con cierta elevación en un país desprovisto de estímulos culturales, sin maestros, sin libros y casi sin corresponsales ni discípulos.

Para comprender adecuadamente el perfil de la época en que vivió Lastarria, es indispensable representarse el carácter extremadamente simple que a la sazón tenía la sociedad chilena. Constantemente se duele Lastarria en sus escritos de que las condiciones políticas imperantes hicieran difícil el cultivo de las letras. En una colectividad compleja, las vicisitudes usuales de la vida política no determinan por lo común interrupciones ni sobresaltos en la vida literaria. Mas, en el siglo pasado nuestros hombres de letras eran generalmente políticos activos al mismo tiempo que escritores y cuando las circunstancias públicas se tornaban difíciles, debían suspender sus trabajos intelectuales de mayor aliento para embarcarse en agotadoras empresas de emergencia. Si no hubieran existido en Chile períodos de tregua relativa en la lucha de los partidos, difícilmente habríamos tenido en el siglo XIX literatura de larga elaboración, pues en el hecho casi todos nuestros escritores fueron en dicho siglo políticos dirigentes. En lo que a Lastarria concierne, su actividad

política se ejercitaba no sólo en el gobierno, en el parlamento o en los clubes: también en la cátedra y en la literatura. Los momentos de crisis significaban para él, en consecuencia, la necesidad de concentrarse en una sola de las facetas de su acción pública, en la política estricta, que tuvo en él siempre, sin embargo, un estilo intelectual. A las menudas gestiones en el interior de los círculos partidistas, prefirió con mucho la conferencia abierta, que le permitía esclarecer algún problema, planteándolo en esos términos generales y enfáticos a los que su espíritu era tan especialmente adicto. En 1869, por ejemplo, en plena refriega entre conservadores y liberales progresistas, dictó un ciclo de lecciones en el Club de la Reforma, con el objeto de «hacer de la política una ciencia, familiarizando al mayor número posible de espíritus con sus cuestiones primordiales, necesidad cada día más urgente para la práctica de la libertad», como decía un periódico reformista de la época. Su tema constante había sido la reforma política, que él quería fundamentar en principios científicos incontrovertibles, con el fin de racionalizar una vida social que se le aparecía entonces entregada a una pura vitalidad inorgánica presidida por la improvisación. Contra ese tipo de conducta incoherente, Lastarria reaccionaba adoptando la posición del maestro que quiere enseñar a vivir a toda una nación. Su actividad específicamente política fué, sin embargo, intermitente en sus manifestaciones externas y, aunque en diversas ocasiones fuera fogoso líder parlamentario del liberalismo, jamás se sintió íntegramente comprometido con bando alguno. No se sentía dispuesto a esas frecuentes concesiones que, en desmedro de los principios, la política real exige de sus profesionales ni quería tampoco enajenar toda su voluntad y su tiempo a un oficio que le impedía cultivar profundamente el espíritu, al abrumarlo siempre bajo el fuego del enemigo tenaz. Comprendía Lastarria que entre nosotros el intelectual necesita, por lo menos de tiempo en tiempo, aislarse, es decir, participar en la vida colectiva desde un ángulo que no es el mismo en que se sitúa el político de profesión. Naturalmente, el pensamiento es siempre de alguna manera política, puesto que en una u otra forma está en tensión hacia la vida, de ella extrae su alimento y se dispara hacia ella. Mas, es una política que no se construye con los mismos materiales que la obra, ejercida en asambleas, parlamentos, células o clubes. Es una política interior y silenciosa, independiente a veces del imperio de las contingencias inmediatas. Aunque Lastarria practicara ambos estilos, sintió con más fuerza su vocación y su responsabilidad de pensador, que lo obligaba a menudo a apartarse de la febril pelea, para trazar mentalmente en su retiro las grandes líneas destinadas a orientar la misma acción exterior que envolvía tiránicamente a los otros. Nunca dejó su pensamiento, no obstante, de tener presentes las

necesidades concretas que su inteligencia era capaz de advertir—pues no las advertía todas y hubo algunas fundamentales que nunca vió—, pero, a diferencia de los acalorados asambleístas, no quiso disolverse en el ajetreo mínimo. Sentía con vehemencia el deber de dirigir con el intelecto la vida nacional. Ya veremos cómo de tal designio brotan al par algunas de sus grandezas y miserias. Cuando las circunstancias eran menos propicias a esa tentativa, Lastarria callaba. Después de su segundo destierro al Perú, en 1851, calló por años y cuando en 1855 apareció de nuevo en la arena pública, uno de sus amigos pudo llamarlo con razón *Lázaro de la Escritura*. Ante los ojos del profano, el trabajo del intelectual suele estar hecho de muertes y de resurrecciones, pues no posee esa continuidad visible de la acción ordinaria en que los días se enlazan los unos a los otros, sin desaparecer de la superficie iluminada de las cosas. Alguna vez, desde el desierto salitrero a donde se había trasladado en busca de fortuna, diría Lastarria en el artículo que escribió para la corona fúnebre de Bello: «¡Feliz él que pudo prolongar su tarea hasta sus últimos días sin verse jamás en la triste necesidad de trocar su hogar por una choza y de abandonar el apacible trato de las letras por los azares de una ruda industria!». (1)

La vinculación que siempre ha existido entre filosofía y política es cosa suficientemente comprobada y el hecho de que ella se diese en Lastarria con tan fuertes caracteres no sería un obstáculo para considerar su obra dentro de los límites estrictos de la filosofía, si no fuera que en ella lo político, prima constantemente sobre lo filosófico, hasta el extremo de que esto último no sea la más de las veces sino un apéndice de la especulación extra-filosófica a la cual sirve. Fué Lastarria un político interesado por la filosofía, mas, como fué indudablemente el primero que abordó en nuestro país problemas de los que siempre han preocupado a los filósofos, el estudio de sus ideas es interesante como un medio de conocer la recepción en Chile de las ideologías europeas.

Las primeras ideas filosóficas modernas que llegaron a nuestro país fueron las de los enciclopedistas, que penetraron hasta nosotros no sólo por medio del contrabando de libros extranjeros, sino también por el contacto con europeos transeúntes y a través de los criollos que habían viajado por Europa en la primera mitad del siglo XVIII y en los primeros años del XIX. Acaso la primera remesa importante de obras prohibidas fuera la que trajo consigo desde España el esclarecido patricio don José Antonio de Rojas. Entre ellas se contaban volúmenes de Rousseau, Montesquieu, Helvecio, Holbach y Diderot, la *Historia de los Establecimientos Europeos*

(1) Recuerdos del Maestro, Estudios Literarios, 2.a serie, pág. 103.

en las dos Indias del abate Raynal y la Enciclopedia. En todo caso, eran éstas las únicas ideas que podían interesar profundamente a nuestra aristocracia ilustrada, pues, a pesar de que pertenecían a un período de verdadera decadencia en la creación filosófica, estaban dotadas de la virtud de poder insertarse en la realidad urgente de los tiempos. A través de todo el siglo XIX, en Chile no van a interesar sino aquellas concepciones susceptibles de ser incorporadas a los hechos, aquéllas capaces de servir de guía en el proceso de construcción social. Lastarria, como sus contemporáneos, se alimentó de ideas enciclopedistas, románticas y positivistas y constituyó con esos materiales heterogéneos una curiosa mezcla de cierta coherencia interior.

Mucho más vieja que la historia laica de nuestra recepción filosófica es, naturalmente, la eclesiástica. La misma vida ritual es un vehículo indirecto de penetración doctrinaria y es seguro que por esa vía llegaron hasta nosotros, en breviarios, libros de oración y demás textos de educación religiosa, concepciones que imperceptiblemente han contribuido a formar el fondo de la conciencia intelectual. Cuenta don Crescente Errázuriz en su obra *Algo de lo que he visto* que en la época de su juventud era frecuente hallar en todas las clases sociales personas eternamente atormentadas por escrúpulos de conciencia, producto tal vez de la influencia ejercida por las ideas jansenistas contenidas en libros píos de gran circulación, como el *De la Confesión* de Jaen.

Antes de 1830, no se había impartido casi en Chile una enseñanza filosófica moderna. Don José Joaquín de Mora había anunciado poco antes, en el prospecto del Liceo de Chile, que fundara con el propósito de iniciar en el país una educación liberal y científica, que en ese establecimiento se explicaría el *Tratado de Ideología* de Destutt de Tracy, instruyendo, además, a los alumnos en las opiniones principales de Platón, Aristóteles, Descartes, Malebranche y la escuela escocesa, mas, según parece, en su breve enseñanza se redujo a seguir las lecciones de Laromiguière, que Lastarria calificaría alguna vez, recordando sus años de estudiante en el Liceo de Mora, de inmortales. Don Andrés Bello, por su parte, había adherido a la escuela ecléctica de Cousin, tradujo y comentó a Locke y siguió con algunas reservas a Berkeley, pero se oponía con rigor a cualquier ejercicio prematuro de la filosofía y, enamorado de lo concreto, despreciaba las *quimeras ontológicas* o abstracciones, considerándolas formas inferiores del conocimiento. La influencia de Rousseau se había hecho sentir en la enseñanza de don José Miguel Varas, profesor del Instituto Nacional, que escribió un pequeño libro de ética, de espíritu naturalista, aun cuando no creía en las bondades de la vida salvaje. Don Ventura Marín, profesor también del Instituto, se había propuesto en

1829 reformar la enseñanza de la Filosofía, «para sacarla de la valla en que la tenía aprisionada el Escolasticismo,» pero no pudo disponer para su empresa de más obras que las de Condillac, de Gérando, Destutt de Tracy y Laromiguière. Con tan escasos materiales compuso en 1830, trabajando en colaboración con Varas, sus *Lecciones de Ideología*, que comprendían una historia elemental de la filosofía, una historia de la ideología propiamente dicha, una sección de gramática general y una de lógica. En 1834 publicó los *Elementos de la Filosofía del Espíritu Humano*, después de haber conocido las doctrinas de Dugald-Stewart, Royer Collard y Cousin. Poco más tarde el infortunado estudioso perdió la razón; su amigo y colaborador Varas había muerto anteriormente en un naufragio.

No eran muchos, como se ve, los recursos de que podía valerse entre nosotros el interesado por la filosofía. Sin embargo, no faltaban los jóvenes que, como Lastarria y Bilbao, sintieron la necesidad de un conocimiento formador que les suministrase luz acerca del destino humano. «El espíritu filosófico—dice Lastarria—atravesaba como una ráfaga de luz la mente de los estudiantes, mientras asistían a los cursos de legislación y filosofía del Instituto; pero, en cuanto ellos pasaban a los cursos superiores y se enrolaban en los círculos elegantes de casuistas y retóricos, aquella luz se apagaba para no renacer» (1). Las resistencias del ambiente y la natural evolución de los intereses psicológicos cerraban el camino a los afanes especulativos. A Lastarria aquello le parecía incomprensible y peligroso para el porvenir del país, pues si estas naciones nuevas querían ser algo, debían pensar, construirse primero como entidades mentales en el entendimiento y cristalizarse después sin vacilaciones en la realidad. Era necesario por eso dar a la instrucción política y literaria una dirección filosófica, que sacara a la juventud de su marasmo moral. Era urgente elaborar una filosofía práctica que sirviera para organizar la acción, una filosofía que estimulara la vida dando a los individuos confianza en sí mismos, una filosofía capaz de asociar a los hombres en torno a un ideal común.

El despotismo—diría Lastarria—, la reacción colonial entronizada en el poder, se interesaba por mantener a los jóvenes en su desorientación, sin un pensamiento propio, sin la conciencia de su propio valer, bajo la seducción envenenada de las formas y de las bellas letras sin contenido regenerador. El poder político quería conservar el imperio de las ideas impuestas por el antiguo régimen, bajo la advocación de la Iglesia, para impedir con eso que la nación llegara a organizarse, en virtud de un proceso natural, como república democrática. ¿No había dicho Portales que la

(1) Recuerdos Literarios, pág. 85.

democracia era impracticable en la América Española? Para contrarrestar esos retrógrados designios se necesitaba promover por todos los caminos la actividad intelectual, dar interés a la prensa, agitar el espíritu con nuevas ideas políticas y con los estímulos de la gloria literaria, inspirar valor contra la rutina y contra los prejuicios sociales que contribuían a mantener el apocamiento, el disímulo, la hipocresía, que el despotismo político aplaudía como virtudes. Mas, para que tan variadas iniciativas fuesen convergentes, había que fundarlas en las máximas indudables de la filosofía y de la ciencia. Si los retrógrados se asilaban en un catolicismo deformado ex-profeso para servir sus intereses mezquinos, los partidarios del progreso disponían de las nuevas verdades eternas que prefiguran el porvenir y señalan la buena senda. «La experiencia realiza siempre los pronósticos de la filosofía, cuando ésta raciocina examinando los hechos pasados con la luz de la razón». (1) ¿Con la luz de qué razón? A la luz de la razón universal que el siglo XVIII había consolidado para siempre y según la cual el hombre es libre para dirigir su destino y enmendar la plana de la historia. ¿Que las naciones hispanoamericanas son incapaces de ser democráticas? Eso sólo podían afirmar, para Lastarria, desde su ignorancia o desde su mala fe, los servidores del absolutismo que desconocen el poder de la libertad y las propiedades inmutables de la naturaleza humana reveladas por la filosofía y por la ciencia.

¿No tiene la verdad el poder de asociar a los hombres? La verdad y la libertad tienen eso de excelente: todo lo que por ellas se hace, y aun lo que se hace en contra, les sirve de la misma manera. Mas, ¿cómo reconocer la verdad? Pues no basta con creer poseerla y especular con ella. También el despotismo tiene sus filósofos y fabrica sus presuntas verdades. En los países hispanoamericanos hay, por lo demás, una sobreproducción de verdades: cada partido, cada secta exclusiva, aun cada individuo, por ignorante que sea, proclama las suyas y niega correlativamente todas las demás. Hay, por añadidura, una verdad venerable, la de la Iglesia, a la que no se podría negar su majestad sin colocarse en posición de batalla contra el testimonio de los siglos. ¿O es falsa también la verdad de la Escritura? No, el método de que Lastarria se sirve para reconocer lo verdadero no tiene que ver con las fuentes del conocimiento sino con sus consecuencias prácticas. Es verdadero todo juicio que favorezca la libertad y el desarrollo del hombre. El conocimiento es un arma de combate contra la opresión, mas no sólo porque ésta sea execrable y espléndido el régimen liberal, sino también porque este último es el único que interpreta lo real del hombre, su auténtica naturaleza. Nada importan

(1) Lastarria: Investigaciones, pág. 105.

las calificaciones del sentido común, puesto que el bien de este mundo consiste en su conservación, en el desenvolvimiento de las facultades humanas, en la extensión e intensidad de la vida y en el uso de la libertad como indispensable medio para procurarse estos bienes. No interesa lo que piense o sienta el sentido común de los pueblos, que podría favorecer un sistema de vida que fuera justamente contrario a sus intereses fundamentales. A las masas hay que hacerles el bien, aunque se resistan a ello. Ese conocimiento, por otra parte, vale sobre todo por sus aplicaciones, por las transformaciones positivas que introduzca en la vida social. Lastarria esperaba, como Montesquieu y como los pensadores de la Ilustración, que el conocimiento progresivo del hombre acerca de sí mismo provocaría una transformación en el mundo de la voluntad, una nueva orientación de la historia humana. El loco deseo de novedades que manifestaban las generaciones republicanas de Hispanoamérica nada valdría, por lo mismo, si no se complementara y empapase con una visión clara de lo que es el hombre.

La filosofía de Lastarria es enteramente práctica. Su objetivo primordial era construir un sistema de ideas que fueran eficaces para planear el nuevo orden político que América debía ofrecer al mundo, como maestra en un cierto tipo de vida jamás realizado hasta entonces. Para ello, debía liberarse definitivamente del espíritu retrógrado de su pasado, impuesto por una Madre Patria que era la clásica enemiga de las ciencias y de la libertad del hombre y que había permanecido durante siglos encaustrada en su teológica soberbia. Sólo entonces podría entregarse a su inédito destino, que ningún país de Europa podría cumplir con tan regocijada plenitud como estos países nuestros, socialmente vírgenes: la realización efectiva de la vida democrática. La democracia, para Lastarria, se definía fundamentalmente por la exaltación de la libertad. Su fin último—hacer posible el desarrollo integral de las facultades del hombre—era la resonancia americana de esa vieja idea que había adquirido nueva fuerza con el romanticismo. Lastarria perteneció a una generación que fué la primera en iniciar un contacto más o menos permanente con la vida europea y sintió más que nadie la asfixia de nuestra conventual monotonía. El designio primordial de toda su vida consistió entonces en luchar por el establecimiento de formas políticas que promovieran la diversificación de la existencia social, pues sólo en una comunidad amplia y rica cada hombre podría desarrollarse hasta el límite final de sus posibilidades. De acuerdo con eso, su acción consistió principalmente en propiciar reformas constitucionales y legales que asegurasen la formación de una sociedad democrática, mas, movido por un afán de carácter filosófico, no se resignó a perder de vista los fines esenciales de la vida, a los cuales debían subor-

dinarse esas reformas. De esa necesidad surgió su sistema ideológico, construído con vehemencia original sobre la base de materiales ajenos. No llegó Lastarria más allá de una concepción liberal individualista de la democracia, pero gran parte de su singularidad deriva del calor romántico con que, sin someterse a las discretas imágenes de lo realizable, pugnó por representar y conseguir un mundo ejemplar y feliz, la nueva edad de oro. Como político, su acción se ejerció principalmente en el Parlamento y en la prensa. En sus libros, más que filósofo, Lastarria fué un literato fervoroso, convencido de la eficacia social de una literatura que habría de encargarse de difundir por todos los ámbitos las ideas renovadoras. Mas, bajo cualquiera de sus formas fué un ideólogo, un entusiasta adorador de las ideas. Creía ciegamente en el poder de la inteligencia, pero bien poco le interesaban sus creaciones puras si no eran medios adecuados a la edificación social. Buscaba verdades útiles y viables.

¿De qué manera concibió, sobre tales fundamentos, a la filosofía? Mucho se hablaba en aquellos tiempos de la *filosofía experimental*, disciplina que equivaldría a una especie de ciencia general del hombre y que incluía en su seno el conocimiento psicológico y social aderezado con una vaga metafísica, y que interesaba sobre todo por las aplicaciones prácticas que podían derivarse de ella. «¿Qué otra cosa es la filosofía experimental—preguntaba Sarmiento—que la química aplicada a los dominios del pensamiento, la observación asidua de los fenómenos morales, para formular sobre ellos las verdades abstractas?» (1). Se trataba de extender el método experimental al dominio de los hechos humanos. Para que tal método sea una guía segura en filosofía—dice Lastarria—debe adoptar por base de la observación el criterio positivo, de modo que cualquiera afirmación que haga esté evidentemente probada por la ciencia. En cuanto al conocimiento del mundo interior, no deben admitirse sino los hechos fundados en las leyes de la naturaleza humana, que son la tendencia que conduce al desarrollo paralelo de todas las facultades y el poder que llamamos libertad, en virtud del cual elegimos en todos los actos de nuestra vida los medios de que dependen la perfección del individuo y la especie. Es decir, la filosofía debía ser elaborada a partir de una idea acerca de la naturaleza humana que, para la opinión de entonces, era la mayor conquista de la ciencia. Una idea beligerante del hombre, que podía servir como ariete para derribar las murallas de la ciudad caduca y que tenía en su favor la circunstancia de corresponder a una verdad incommovible: el hombre tiende al desarrollo de todas sus facultades y para eso es libre. La sociedad debe ser organizada, en consecuencia, para servir ese

(1) «El Progreso» de Santiago, 18 de Abril de 1844.

propósito y para ello es necesario que los hombres lo comprenden claramente, adquiriendo con eso la conciencia de su dignidad; de ahí la urgencia de una filosofía que, como resumen de las verdades fundamentales que la nueva ciencia ha revelado acerca del hombre y su destino, sea capaz de otorgar un sentido a la acción dispersa de los individuos y un centro de unidad a las instituciones.

No dudaban nuestros próceres intelectuales del poder incontrarrestable de la verdad. «La ignorancia es la fuente de casi todos los males individuales y sociales; el saber acompañado de la virtud es la más firme base sobre que descansan la felicidad privada y la ventura pública», decía García del Río en sus artículos titulados *Delicias y ventajas del estudio*. (1) Por fin había llegado la era del saber. El saber era el resorte del siglo y había subrogado a las antiguas influencias... «Tiéndase por donde quiera la vista y no se verá otra cosa que el saber entronizado... Se han descubierto las úlceras profundas que nos aquejan y nuestra voz se dirige involuntariamente a la Europa pidiéndole un bálsamo que las cure. Este bálsamo es el saber. Nosotros lo recibimos con la más viva emoción y devoramos los libros en que nos viene... Es necesario trabajar por la mejora de nuestra sociedad naciente. ¿Podrá hacerse tal cosa si no es por el estudio y el saber?» Así decían con optimismo y anhelo los jóvenes de *El Semanario* de 1842. Sin embargo, en medio de esa intensa sed de saber, de esa petición universal de conocimientos, Lastarria fué uno de los primeros en advertir que no todo conocimiento es formador ni toda verdad útil a las repúblicas nacentes. Hay verdades primarias cuya función consiste en orientar la asimilación de las otras, en dirigir las, en incorporarlas a una corriente de vida que no es sólo teoría sino, en lo esencial, acción. Lo que se necesita primero es una filosofía, esto es, conocimientos básicos, axiomáticos sobre el destino, sobre la historia y el porvenir del hombre. Entendía Lastarria, como Sarmiento y muchos jóvenes progresistas de la época, que la filosofía es ante todo la ciencia de la vida, el saber que debe presidir la acción. Para ellos, la filosofía no podía permanecer aprisionada en el círculo del pensamiento puro: se le asignaba la misión de conformar la vida. Tenían una viva conciencia de las conexiones existentes entre la teoría y la práctica y creían poder traducir la una en la otra sin mayores dificultades. La confianza en el saber se manifestaba también como fe en la potencia transformadora de los códigos y de las escuelas. El núcleo de la filosofía era una idea, una definición del hombre. Conocidas las propiedades fundamentales de la naturaleza humana, los demás conocimientos vendrían por añadidura.

(1) Tomo I, pág. 257.

Hemos dicho ya que la filosofía de la Ilustración fué la primera que, como fuerza intelectual viva y no como aparato puramente erudito, conmovió a nuestros pensadores, muchos de los cuales —entre ellos, Lastarria— se mantuvieron permanentemente en su órbita, a pesar de las influencias romántica y positivista que más tarde sufrieran. Los filósofos del Iluminismo francés transmitieron a nuestros intelectuales una concepción de la filosofía, considerada como ordenadora, como razón aplicada a la conducción de los negocios de la vida, como foco de irradiación que alumbra los múltiples caminos de la actividad humana, y una concepción del hombre como ser primariamente racional y, por lo mismo, universal. Ese practicismo de singulares perfiles que hallamos en Lastarria y en sus contemporáneos arranca directamente de la Ilustración. No desconfiaban de la posibilidad de descubrir una verdad absoluta que, por otra parte, creían ya poseer, y asignaban a esa verdad racionalmente descubierta un oficio eminentemente práctico. Bien poco les interesaba la pura contemplación de las verdades eternas. Lastarria podría haber dicho con Proudhon que «filosofar por filosofar es una idea que no entraría jamás en un espíritu sano». Apenas apresada la presunta evidencia, movíanla como instrumento de regeneración social. El romanticismo, en cambio, no echó entre nosotros raíces profundas ni en la filosofía ni en la literatura. Las condiciones históricas que lo hicieran aparecer en Europa no eran de ningún modo las nuestras. Si en términos generales y relativos puede decirse que el Enciclopedismo emerge como un pensamiento destinado a conjurar la crisis de la sociedad por la vías de la acción política, en los mismos términos podría afirmarse que el romanticismo pretendió liberar al individuo de una vida esclavizante u oprobiosa por medio de mecanismos de evasión, la soledad o el sueño. Por eso a nuestros pensadores, urgidos por el afán de dirigir la construcción de un nuevo mundo, el espíritu romántico tuvo que parecerles anárquico y desintegrador. El positivismo tardíamente conocido, por su parte, vino a modelar después el pensamiento de los hombres que habían nacido en la medianía del siglo. Positivista fué en Chile Letelier, no Lastarria, que no comprendió ni aceptó sino a medias la nueva doctrina. Abrigaba Lastarria la convicción de operar con verdades eternas que la ciencia de la naturaleza humana habría conquistado. Si recordamos, por lo demás, que nunca fué un filósofo en el estricto sentido de este término, sino un político que pidió a la filosofía sus armas de combate, comprenderemos que no asimilara bien todos los atributos del espíritu filosófico, como, por ejemplo, la prudencia en el juicio. No era él tampoco quien había obtenido los conocimientos que empleaba como herramientas para encauzar la acción. No sabía que la verdad parcial que el filósofo descubre se conecta siempre a

otras verdades parciales que la modifican y enriquecen. De ahí que pareciera muchas veces como ingenuo pontífice proclamando una ciencia que le parecía eterna con mayor entusiasmo que el que hubiera sentido su mesurado creador. Su mundo era más simple que el mundo de los filósofos. Era también más angosto, pues, como sus preocupaciones se dirigían casi exclusivamente hacia la política, sólo en función de ésta se interesaba por comprender la historia, la sociedad y la naturaleza humana. Sus ideas psicológicas por ejemplo, fueron elementales. apenas las indispensables para dar una cierta base real a sus teorías sociales. Por lo demás, las nociones rudimentarias que manejaba en esta materia eran tendenciosamente utilizadas en la demostración de sus tesis políticas.

A través de toda su obra, la razón no es concebida sino como un poder de acción, no como fuente de contemplaciones teóricas; como función y mecanismo antes que como espejo en el cual se muestren algunos de los rostros de la realidad para deleite y elevación del espíritu humano. La filosofía debía ser, más que conocimiento, vida, un orden implantado en las operaciones de la comunidad. En alguna parte sostiene, con este criterio, que, mientras la filosofía está en la vida práctica de los pueblos ingleses, como sangre que anima el cuerpo social y le proporciona unidad, en los demás pueblos está sólo en los libros, como erudición inactiva y sin destino. Bajo esta luz debe comprenderse el llamado que hiciera en favor de la filosofía, como *alma* de los estudios, de las instituciones políticas y de la vida social entera.

Las ideas que Lastarria tuvo acerca de la ciencia son una muestra del mismo espíritu. La ciencia era para él sobre todo el conocimiento de la naturaleza humana, es decir, la filosofía en su costado teórico, y su oficio primordial consistía en suministrar a esta última una sólida base sobre la cual fundar la acción social. Las ciencias debían revelar al hombre toda la extensión de su destino y lo que el hombre buscaba en ellas no era sino una llave para abrir el interior del universo y hacerse dueño de las leyes que lo gobiernan. El conocimiento científico vale en la medida en que favorece la conquista de la perfección humana, o sea, el desarrollo completo de todas las facultades. Toda verdad debe girar en último término alrededor de la idea del hombre.

LA IDEA DE HUMANIDAD

Situado Lastarria en un mundo que, a la vez que se abría al contacto con la corriente universal de la cultura, aspiraba a tomar conciencia de sus propias posibilidades, participaba con entusiasmo en esa fe sin

reticencias en las virtudes inmanentes de la naturaleza—humana o cósmica—que la Ilustración había difundido por el mundo. El hombre es fundamentalmente bueno. La felicidad es posible. Los males que han aquejado a la sociedad y al individuo son el resultado de dos opresiones convergentes que han impedido que la naturaleza humana se revele en toda su gloria: el poder absoluto, que pesa sobre la totalidad de la persona, y la ignorancia que, abrumando a la inteligencia, corta las alas a la vida. El tema general del pensamiento en la primera mitad del siglo XIX fué una especie de justificación de la naturaleza y de la historia como condiciones del advenimiento de una realidad superior. Esta idea había aparecido, sin embargo, mucho antes; ya figuraba en el programa de los *libertinos* franceses, que Molière había popularizado, quienes sostenían que la naturaleza humana es, en el fondo, buena y que hay que seguirla sin escrúpulos. En un momento en que por todo un continente las élites renovadoras se afanaban por sacar de la nada—así lo creían, por lo menos—una humanidad feliz, la convicción de que el hombre es bueno e indefinidamente perfectible se derrama por América e impregna los discursos de los políticos, las arengas de los guerreros, las lecciones magistrales y hasta los preámbulos doctrinales de las leyes. «El espíritu humano se perfecciona cada día...» afirmaba a comienzos del siglo el maestro argentino don Diego Alcorta en su Curso de Filosofía. «La humanidad es harto más noble en su esencia y está destinada a fines más grandiosos que los que se imaginan aquéllos que la consideran sometida tan estúpidamente como la materia a sus leyes», diría más tarde Lastarria en la primera de sus obras. En el mismo libro repetiría, arrebatado por el entusiasmo, la frase de Herder: «Dios ha establecido al hombre como una divinidad en la tierra, puso en él un principio de actividad personal y por efecto mismo de sus necesidades físicas y morales le imprimió un movimiento que no debe terminar jamás». La primera de las leyes de la naturaleza humana es la perfectibilidad. El género humano tiene en su propia esencia la capacidad de su perfección y puede igualmente provocar el desarrollo de las leyes que rigen su historia o, violentándolas, precipitarse en atroz decadencia. Porque el progreso no es fatal: es solamente una posibilidad que el hombre mismo, haciendo uso de su libre albedrío, puede conducir o no hasta su madurez. Mas, esa posibilidad grandiosa está en todos los hombres. No hay razas ni pueblos elegidos para la salvación. El hombre es en lo esencial el mismo en todas las clases sociales y en todas las latitudes geográficas. ¿No se había proclamado a los cuatro vientos la inferioridad de los pueblos hispanoamericanos? ¿No sostenían las oligarquías criollas la incapacidad de las masas para una vida libre y democrática? ¡Inmenso error, equivalente a un sacrilegio, a una

herejía contra el verdadero Cristianismo! Contra tales prejuicios, que amenazaban desviar el curso naturalmente benéfico de la historia en América, creía Lastarria que era preciso luchar sin desmayo

El optimismo ilustrado de Lastarria no era más que la prolongación de todo un movimiento de fe humanista que, nacido en Europa, había echado raíces en la América Española desde fines del siglo XVIII. No sólo los próceres intelectuales de la Revolución—un José Antonio de Rojas, un Manuel de Salas, un Camilo Henríquez, en Chile—lo habían proclamado como un nuevo credo. Ya los jesuitas desterrados, desde Europa, habían sentido, mirando hacia estos países e integrándolos en el movimiento general de la historia, que la cultura ascendía hacia un momento de plenitud y que, por encima de los grupos nacionales y del localismo de la antigua historia, se aspiraba ahora a una síntesis y comprensión mundiales. Cualquier pueblo podía ser culto y era susceptible de ser regenerado. La cultura nivelaría las diferencias entre individuos, naciones y razas. El hombre, y por cierto, el hispanoamericano también, había nacido para grandes y sublimes empresas (1). A pesar de que, entre todos nuestros países, Chile haya sido uno de aquéllos en los que este optimismo tuvo menor arrastre social, no faltaron entre nosotros algunos entusiastas que, como Bilbao, extendieran su fe en el hombre hasta identificarla con un espíritu de esperanzado panteísmo: «Dios es todo el ser: la creación y la humanidad son Dios. La ley de la creación es la ley de la humanidad. Las civilizaciones y los imperios serán eflorescencias del árbol humano, y Dios estará presente en todas esas manifestaciones. La historia viene a ser el movimiento de Dios en el espacio y en el tiempo » (2)

Ese religioso entusiasmo no tuvo gran resonancia en Chile y el propio Lastarria, que estimaba a Bilbao con una simpatía un tanto piadosa, dice que «su metafísica y su misticismo nada enseñaban ni nada prometían». Por algo la idea de naturaleza, que tanta importancia tiene en el pensamiento de Lastarria, representaba para la Ilustración algo así como fundamento laico de la verdad, el principio en que se apoyaban todos aquellos conocimientos sobre el mundo y el hombre que no necesitaban de ninguna revelación trascendente, desde el momento en que podían ser considerados como ciertos y luminosos por sí mismos. (3) Bilbao, en cambio, poseído de esa angustia y hambre de absoluto que trajo consigo el romanticismo, «quería que la ciencia llenara el vacío que en su espíritu dejaba la ausencia del catolicismo y, ávido de creencias, buscaba una religión científica y se hacía a cada paso la pregunta de Voltaire: «Que suis-je,

(1) Picón Salas: De la Conquista a la Independencia, pág. 175.

(2) A. Donoso: Bilbao y su tiempo, pág. 169.

(3) Cassirer, Filosofía de la Ilustración, pág. 232.

où vais-je et d'où suis-je tiré?». (1). Sostenía que en las épocas de crisis de la cultura los hombres decaen «al faltarles el aliento vivificante de la fe» y que, en medio de este desierto sin guía, sólo se puede salir del caos cuando el espíritu es alumbrado por «una centella de la pira universal, la fraternidad», que llevará al género humano a una nueva síntesis en alas de la razón. Lastarria prefirió desde sus primeras obras dejar a lo religioso, sin negarlo, al margen de sus concepciones filosóficas y políticas. Era más práctico, más positivo establecer que todos los pueblos son educables a la luz de la razón y de la experiencia, y que cualquiera sociedad, por muy grande que sea su inmadurez, puede adoptar las instituciones democráticas. El hombre ha sido creado por Dios, sin duda, pero ha sido dotado por El de inteligencia y libertad para realizar independientemente su destino, que consiste en el desarrollo indefinido de sus facultades. Y tiene el ser humano una parte tan efectiva en ese destino, que ni su ventura ni su desgracia son en la mayor parte de los casos otra cosa que un resultado necesario de sus operaciones, es decir, de su libertad. La voluntad es determinada por las ideas, que son elaboradas por la inteligencia, la cual es libre. La libertad es en la vida humana como un sol vivificante que no está en lejanos horizontes, sino en el hombre mismo, irradiando de cada cerebro y fecundando al género humano, a ese «árbol de incommensurables ramas, de joyante follaje y de espléndidas flores, que se llama humanidad» (2)

Si es fiel el ser humano a sí mismo, si emplea su libertad en el incremento de sus facultades, entonces conquistará la vida eterna, decía el joven Lastarria, que en su madurez se abstendría de juzgar en tan espinuda materia, aun cuando nunca llegara de un modo franco al ateísmo que comenzaron a profesar beligerantemente las generaciones posteriores. «El hombre no está limitado al círculo de la vida presente, porque es inmortal, y la sociedad debe estar organizada de modo que le facilite las condiciones que puedan llevarlo al cumplimiento de su destino futuro». (3) «El hombre que cumple con su fin natural conquista la vida eterna». La salvación resultaría, pues, no del olvido de sí, sino de la exaltación de sí; no del apartamiento del mundo, sino de la acción en el mundo. La adoración a Dios es también una de las necesidades impuestas al hombre por su naturaleza. El alma, que se da cuenta de sus limitaciones, busca apoyo en la idea de un Dios creador y regulador del Universo que, como causa primera y providencia inteligente, sostiene al mundo y lo gobierna por leyes inmutables que coinciden con los principios de la razón. En Las-

(1) Recuerdos Literarios, pág. 309.

(2) Recuerdos Literarios, pág. 29.

(3) Derecho Público, pág. 20.

tarria, Dios es una idea antes que un Padre al cual se acceda por el sentimiento. Lo que le preocupa es más que nada la utilidad social de la religión y la relación que debe existir entre la Iglesia y el poder temporal. Como político y no como hombre de fe consideraba que el hombre irreligioso es un peligro social, pues la religión contribuye a elevar el espíritu, a rehabilitar las fuerzas del alma cuando ésta vacila, a dar orden y consuelo a la existencia y a cultivar el vínculo de la fraternidad entre los seres. «El hombre cree porque su razón se lo aconseja y su interés se lo exige.» El escepticismo, «ese mal de los tiempos modernos», no surge de las profundidades del ser, no es el producto de una duda devoradora que embargue al espíritu, sino un resultado del despotismo, como todo mal. Si nos obligan a aceptar un credo preestablecido, el hombre, celoso de su independencia, se rebela como un niño testarudo y se torna escéptico. La incredulidad religiosa es, entonces, la contrapartida del fanatismo y ambos son impracticables cuando la razón interviene en la vida como un poder regulador. No hay para Lastarria drama religioso interno, sino choque entre fuerzas sociales que determinan el fanatismo o el escepticismo, igualmente peligrosos para la salud colectiva. «¡Ojalá existiera unidad de creencias entre todos los miembros de una comunidad!» exclama Lastarria como político. Grandes son las ventajas de que goza una nación cuando no abriga en su seno ese germen de discordias, mas, si la diversidad existe, es preciso respetarla como un hecho necesario, pues cuanto se hiciera por uniformar las creencias y los cultos sería un ataque a la libertad del espíritu y a las afecciones más puras del corazón. El Estado debe ser, pues, neutral en materia religiosa, y la Iglesia neutral en lo político. Sólo en esta posición, por lo demás, puede alcanzar la religión todo su esplendor. ¿No ha disminuído la influencia de la Iglesia Católica desde que ha erigido en dogmas religiosos todas sus aversiones a los progresos morales conquistados por la filosofía y todas las inquietudes que le han inspirado los derechos sociales y políticos de que la civilización moderna ha hecho otras tantas libertades del hombre y de la sociedad? El catolicismo debiera haber comprendido que el espíritu cristiano se identifica con la democracia y la libertad. Así no habría perdido su fuerza y habría sido, como en otros tiempos, el motor fundamental del progreso. No en balde la religión es, de todas las ideas esenciales de la sociedad, la más poderosa y universal, la que más profundamente actúa sobre las masas y, en un plano de mayor espiritualidad y pureza, sobre las minorías selectas. ¿Cómo no lamentar que se haya colocado en la barrera opuesta? Desde su vago deísmo, Lastarria no participó en el universal proceso contra la religión revelada que la Ilustración había llevado a su cima. No, la religión se le aparecía como demasiado necesaria en

cuanto poder de cohesión social, hábil sobre todo para dar consistencia y fuerza a esa moral universal que, aunque independiente de ella, sólo por ella alcanza todo su vigor. Lastarria consideraba, por otra parte, a la religión como uno de los caminos a través de los cuales realiza el hombre su personalidad de un modo original y único. En el hombre, como en la naturaleza, hay y debe haber variedades infinitas. La unidad viviente no está en la uniformidad, en el *imperium unum* a que aspiraba España, sino en la armonía de las notas diversas dentro del conjunto. El hombre es una fórmula de equilibrio inestable conseguida en medio de una pugna entre potencias substancialmente hostiles: la inteligencia y el sentimiento, aquélla como elemento innovador y progresivo; éste, como elemento conservador, estacionario.

El anti-providencialismo de Lastarria contiene implícitamente, desde sus primeras obras, la idea de que el hombre es absolutamente independiente de la Divinidad. Pues, si ha sido Dios el autor de las leyes de la naturaleza humana,—como parece pensar en un principio al modo de algunos enciclopedistas—y si se sigue este postulado hasta sus últimas consecuencias, ¿no se acepta con ello, bajo otros términos, el mismo providencialismo que se execraba, puesto que esas leyes que Dios ha puesto en el ser del hombre son una de las formas de su presencia en él? Fué, pues, consecuente consigo mismo Lastarria al ir borrando progresivamente a Dios de su filosofía, hasta no dejarlo en sus últimas obras sino como una idea o imagen social que determina en la vida colectiva ciertos fenómenos que el político debe considerar con respeto, como manifestaciones que son de la libertad del hombre. Nunca desapareció en él del todo, sin embargo, la idea de que acaso pudiera existir un Dios, fuera del mundo, como el sustentáculo supremo de las leyes naturales. Tal idea, no obstante, apenas si figura en las obras de la madurez como una presunción remota, que admite sin desarrollarla más detenidamente. Dejando a salvo ese rincón dubitativo de su pensamiento, Lastarria terminó siendo, por los menos oficialmente, un incrédulo:

Por otro lado, la legalidad del hombre es más ficticia que real en la filosofía de Lastarria pues, según él, «el hombre tiene el poder de provocar el desarrollo de sus leyes o de evitarlo por medio de la libertad de sus operaciones, según convenga a su felicidad». Se trata, pues, de leyes más ilusorias que reales, que apenas sirven para definir la naturaleza humana, sin regirla en su existencia concreta: «Si así no fuera—agrega—su libertad sería una mentira insultante, su dignidad desaparecería y en el mundo no podría existir idea de la justicia» Si el hombre no pudiera ser libre, no sólo de su animalidad, sino también de Dios, el mundo no tendría para él sentido alguno, y la cultura entera, especialmente la moderna, de-

bería ser aniquilada como un escandaloso absurdo, resultado del más terrible de los equívocos: Aquello era, naturalmente, para Lastarria, impensable.

La libertad del hombre, estrechamente aliada con su inteligencia, no encuentra en el plano humano otro escollo que el sentimiento, que representa la inercia social, las fuerzas conservadoras que se oponen al desarrollo indefinido del espíritu. Cuando Lastarria aplica estas ideas al entendimiento de la historia nacional—acaso por eso solamente le habían interesado—considera al pasado español como substancia psíquica incorporada en la nueva nación bajo la forma de sentimientos, es decir, de potencias oscuras que se resisten a la racional ordenación republicana. Contra ellas tiene que luchar la inteligencia de la juventud. Fácilmente se advierte aquí una vez más el carácter político del pensamiento de Lastarria. De nuevo se ve que todo el aparato filosófico de su obra había sido erigido por la necesidad de esclarecer, sistematizar y hacer más eficaz la acción pública de las nuevas generaciones, que debían realizar la democracia. «Necesitamos construir nuestra civilización democrática—dice—y para ello debemos distinguir lo que se ha de destruir de la antigua». El camino era, de este modo, el siguiente: el político se había asignado como tarea para sí y para su generación la elevación de un orden nuevo—la sociedad democrática—y para proceder científicamente, con máxima claridad y eficiencia, quería criticar el pasado, a la luz de una determinada concepción de la historia, es decir, basándose en una imagen del hombre, de su naturaleza y de sus fines. Mas, esa imagen del hombre debía ser tal, que no comprometiera el éxito de la empresa anhelada despojándola de sentido, como ocurriría en el caso de que negara la libertad. En efecto, el político, cualquiera que sea su credo, tiene que contar en el hecho con la libertad, sin la cual la acción del hombre se rebajaría hasta hacerse nula. De ahí que cuando el político hace filosofía para la política, difícilmente pueda colocarse en una posición que no sea la de Lastarria, que daba por demostrado justamente lo que tenía que demostrar. En el fondo, iba a deducir la historia de su idea del hombre. No se había elevado hasta esta idea desde el estudio de los hechos: descendía a los hechos desde su filosofía preestablecida. Por eso nunca fué un historiador. Fué, en cambio, aunque muy imperfectamente, un filósofo. El hombre eterno le sirvió como punto de partida para conocer al hombre concreto. Don Andrés Bello le hizo notar muy razonablemente, citando a du Rozoir, autor de un ensayo sobre la historia considerada como ciencia de los hechos, incluido en el *Diccionario de la Conversación*, que parece haber sido una obra muy apreciada en aquella época, que «no hay peor guía en la historia que la de ciertos filósofos de sistema que buscan, no el ver las cosas como son,

sino como ellas se acuerdan con su sistema» (1), pero Lastarria sostenía que, además de no participar del espíritu de los racionalistas que juzgan a la historia a la luz de sus doctrinas, se esforzaba por ver los hechos tales como son, tratando de descubrir sus relaciones reales. Agregaba que su método era el experimental, pues se fundaba en el conocimiento de las leyes de la naturaleza humana. No reparaba en el hecho de que su idea de la naturaleza humana era la pieza maestra de una doctrina y de que estaba concediendo a una discutible imagen del hombre la categoría de evidencia científica. Cuando Bello lo calificó alguna vez de metafísico, Lastarria se sublevó con ardor, pues creía estar manejando juicios apodícticos, demostrados ya por la ciencia, sobre la historia y el hombre. Lo cierto es que no le interesaban los hechos del pasado como tales. Quería corregir el pasado, eliminar todos aquellos elementos de la tradición que discrepaban de su idea de la sociedad. De ahí que aparezca más como un vate, augur o profeta que como investigador o reconstructor artístico del pretérito. No buscaba los hechos mismos sino para descubrir en ellos las fuerzas sociales actualmente presentes en la vida nacional, aquéllas con las que era preciso contar para hacer surgir, por movimientos de estímulo o rechazo, la sociedad nueva. No podía ser historiador un hombre que odiaba el pasado y que aspiraba a aniquilarlo.

En su visión esquemática de la historia, todo era el resultado de las mutuas reacciones de la inteligencia y el sentimiento, de los cuales surgiría inevitablemente, tarde o temprano, la libertad moral, ese poder irresistible que, asimilando las teorías y las ideas, modificaba con ellas los impulsos del sentimiento, hasta configurar en la realidad la auténtica idea del hombre, cuyo fin es el desarrollo continuo de su naturaleza interior y el engrandecimiento constante del círculo de su vida. Dentro del vitalismo de Lastarria, el crecimiento se confunde con el bien natural del hombre, que no es un ideal estático, una perfección absoluta y eterna, sino un proceso de ensanche que no termina y que aparece regulado por lo que oscuramente llama las leyes del Universo, el orden general de las cosas, según el cual el individuo obra bien cuando respeta la naturaleza propia de cada hombre y de cada objeto, acatando ese designio de variedad que parece ser la ley suprema de la existencia. El fin general del hombre y de la sociedad humana no puede ser otro que la vida en toda su intensidad en el espacio y en el tiempo. «Todo lo que tiende a conservar y extender la vida es bien. Lo que tiende a destruirla o disminuirla es mal». (2) Esta la primera máxima de la moral de Lastarria. Cualquier arreglo social que no obedezca a esa ley es reaccionario, opuesto

(1) Recuerdos Literarios, pág. 273.

(2) Política Positiva, pág. 29.

al progreso social. ¿No ha revelado la filosofía alemana—dice—la gran verdad de que el fin más elevado que el hombre puede proponerse durante su vida terrena, según lo que prescriben las reglas inmutables de la razón, es el desarrollo de todas sus facultades? Krause, Ahrens y Guillermo de Humboldt transmitieron a Lastarria esta doctrina, que iba ser la llave maestra de todo su pensamiento, la base metafísica en que iba a apoyarse su intransigente liberalismo.

La perfección moral de los individuos consiste, así, en el desarrollo de todas sus facultades. Mas, este proceso no puede consistir en un crecimiento cualquiera, sino en uno orientado por ciertas normas y dirigido hacia alguna meta. Es preciso desarrollar la inteligencia, el sentimiento y la actividad a través del conocimiento, del amor y de la práctica de lo justo y de lo verdadero. Pero, ¿cómo reconocer lo justo y lo verdadero? Estudiando la naturaleza humana y descubriendo sus propiedades, que son la libertad y la perfectibilidad y aceptando como bueno —es decir, como justo y verdadero—todo aquello que tienda a favorecerlas. Cae, pues, Lastarria en un círculo vicioso. El crecimiento de las facultades humanas está regulado por la justicia y la verdad, pero éstas se identifican con todo lo que pueda favorecer ese mismo crecimiento. La vida no tiene otro fin que la vida misma, diría tácitamente, adelantándose a los modernos pragmatistas.

La moral es una sola, idéntica en todas partes. Las diferencias concretas que pueden encontrarse en ella en las diversas épocas y países se deben sólo a la oscuridad o error de las ideas. En consecuencia, si se desea purificar las costumbres, es preciso purificar las ideas. La reforma intelectual debe preceder a la reforma moral. Como, por otra parte, las nociones fundamentales de la moral son muy simples y son en sí mismas verdaderas y aún evidentes, será fácil inspirar amor por ellas, pues el corazón humano ama naturalmente la verdad... ¿Cómo no amar nuestros deberes si se confunden con nuestro propio bien? Si queremos mejorar al hombre, debemos administrarle desde niño una idea clara de la virtud, tarea urgente sobre todo en los países jóvenes que, como los hispanoamericanos, tienen que construirse un nuevo destino. «Purificad la inteligencia, que es la fuente de las costumbres, si queréis que las costumbres sean sanas y puras», afirma Lastarria en el *Libro de Oro de las Escuelas* (1), destinado precisamente a dar a maestros y estudiantes conceptos cristalinos acerca de los deberes que el hombre debe cumplir para con Dios, para consigo mismo, para con sus semejantes y para con las

(1) Pág. 326.

cosas creadas. Los hispanoamericanos necesitan un catecismo nuevo, una especie de aritmética de los valores morales.

El hombre debe a Dios adoración, porque, aun cuando esté destinado a crecer, su naturaleza es limitada y débil. Mas, lo principal es que se ame a sí mismo, que cuide su cuerpo, que practique la templanza, la sobriedad, la castidad y el trabajo y que eleve su alma por el conocimiento de la verdad y el amor de la virtud. Todos estos bienes se comprendían en la probidad, que se confunde con el ejercicio de la libertad, atributo que acredita la superioridad moral del hombre. El que se ama a sí mismo es capaz de amar a los demás y de cumplir con los deberes de caridad y justicia, que son el asiento de todas las virtudes sociales. La ignorancia y la ambición son las causas de todo infortunio y el mejor antídoto contra ellas es la tolerancia, que hace posible el triunfo de la verdad y la justicia. La tolerancia, sin embargo, debe practicarse sólo dentro de ciertos límites, pues, «si la ambición traza un plan perverso y, para reclamar en su favor la tolerancia, lo disfraza con el nombre de un sistema de ideas o de opiniones, la tolerancia debe serle negada, porque la caridad cede entonces su lugar a la justicia». «Supongamos que con el pretexto de las creencias religiosas se propala una doctrina que no tenga más propósito que servir a la ambición, aniquilando la libertad de la inteligencia y convirtiendo en virtudes la delación, la traición, la infidelidad, la mentira y todo lo que hay de contrario a la probidad, a la caridad y a la justicia. ¿Deberíamos tolerancia a semejantes planes criminales o viciosos? De ninguna manera: en lugar de respeto, debemos emplear contra ellos toda nuestra indignación y todo nuestro poder para extirparlos.» (1) No dejaba de tener clarividencia Lastarria en este punto para indicar un problema moral que es también de nuestros tiempos.

En lo que concierne a los deberes del hombre para con la creación, el derecho básico es el de propiedad, pues el hombre debe manejar sus bienes de acuerdo con el orden general del universo, tratando a cada cosa de acuerdo con su particular naturaleza y poniéndola en el lugar que le corresponde dentro del orden de lo creado. Por eso no puede destruirlas ni usarlas caprichosamente ni tampoco abusar de los animales o las plantas.

Tenía Lastarria la conciencia de que en su tiempo la desmoralización hacía espantosos progresos, al amparo de la libertad mal entendida, practicada como individualismo frenético. El único remedio contra mal tan funesto sería, pensaba, la asociación libre, que daría la clave de la regeneración a las anarquizadas sociedades hispanoamericanas. Con tal

(1) Libro de Oro de las Escuelas, pág. 364.

fin el Estado debería promover el establecimiento de instituciones encargadas de combatir los vicios. . .

Moral elemental, puramente terrena, nada tenía que ver la ética de Lastarria con el desolado y profundo espíritu de cepa española que en la colonia había animado poemas, breviaros y obras plásticas alrededor del sentimiento de la fragilidad de la vida, que para algunos pesimistas radicales llegaba aún a carecer de todo sentido perceptible. Tal estado de alma se expresaba en la obsesión de la muerte, concebida como substancia y acabamiento definitivo de lo creado. Una Sor Juana Inés de la Cruz, que canta dramáticamente la vanidad del amor, los desengaños del mundo y la soledad incurable del humano destino, o un Peralta y Barnuevo que en su *Pasión y Triunfo de Cristo* «parece llorar la desilusión de toda ciencia y el universal imperio de la muerte», (1) representan esa espiritualidad teológico-mística que nos transmitiera España y que América enriqueció en la Colonia con la substancia de su melancolía indiana, desconfiada por esencia del mundo físico. ¿Aparece alguna vez, en cambio, la meditación de la muerte en nuestros escritores de la Independencia o en los que se adelantaron a ella, preparándola? ¿Aparece con patetismo en los filósofos de la Ilustración? Liberados de los principios en que reposaba el orden cristiano y comprometidos en la empresa de construir un orden laico y positivo, los pensadores del siglo XVIII y sus lejanos discípulos de América, entre ellos Lastarria, comulgaron en un optimismo racionalista o vitalista que solió colindar con la más frívola de las insensibilidades. Los problemas de esta vida se les presentaban como demasiado interesantes y urgentes y no dejaban espacio alguno para esa reflexión entrañable acerca del destino humano que surge de la vivencia de la muerte. Lo religioso—aun cuando no siempre atacaran a la religión—, fué sistemáticamente negado o disminuído, en lo que tiene de experiencia íntima insustituible, por esos intelectuales a los que animaba un candoroso optimismo alimentado por las victorias de la ciencia. Para ellos la religión era siempre, entre líneas, si no la *infame*, la adormecedora, el opio del pueblo, por lo menos la encarnación de lo anti-vital, de lo nocturno y funerario. ¿No dice con horror Lastarria en algún escrito que la sociedad chilena es eminentemente monástica y que en los días destinados al culto puede confundírsela con una comunidad religiosa?

La resistencia a la religión fué una de las formas que adoptó en la América Española la reacción contra España y el régimen colonial. Ha sido ya definitivamente revocada la tendenciosa imagen de la Colonia—

(1) De la Conquista a la Independencia., pág. 136.

la célebre *Leyenda Negra* difundida en Europa por el Abate Raynal—de que se nutrieron nuestros próceres. Sabemos ahora a ciencia cierta que ni la Conquista ni la Colonia fueron esa era atrozmente sombría, desprovista de toda nobleza moral y de todo afán de la inteligencia, en cuya representación se complacían con cierta morbosidad nuestros escritores del siglo XIX, y que, aunque hubo no pocas sombras, también florecieron en tierras hispanoamericanas el pensamiento, el arte y la inmensa variedad de formas inéditas en que tendía a expresarse la vitalidad del nuevo mundo. La originalidad de nuestra formación histórica no descansa, pues, en el hecho de que por más de tres siglos viviéramos aplastados por la más horrible y completa tiranía que conocieran las edades, sino más bien en el gigantesco fenómeno de mezcla racial y cultural que se verificara durante la Conquista y la Colonia. Como resultado de ese movimiento, surgieron acá nuevas fórmulas vitales en las que, amalgamándose indisolublemente con lo español, lo indígena suministraba a menudo el contenido subyacente aprisionado por las estructuras culturales externas de raíz europea. Y, si se conviene en aceptar que la España del Renacimiento y de la Contrarreforma aparece dentro del orbe occidental como ínsula no alterada por las corrientes espirituales que agitaban entonces la conciencia general de Europa, es preciso percatarse también de la bizarra originalidad que debieron revestir nuestras formas culturales que a lo singular de España unían los misteriosos elementos indios.

Nuestros retrasados enciclopedistas—desde Manuel de Salas a Lastarria—hicieron una crítica más o menos despiadada del pretérito a la luz de una filosofía que había puesto en el primer rango de los valores humanos a la libertad política y a la verdad de la ciencia natural. No pudieron ver, en consecuencia, en nuestro pasado colonial otra cosa que el enorme círculo de sombra de la ignorancia criolla. Se les escapó lo demás. Quisieron borrar la historia y recomenzar la vida, sobre los postulados de la Ilustración. Creían con eso realizar en el suelo virgen de América—virgen porque borraban el pasado—una especie de Europa feliz, lo que la Europa misma no podría llegar a ser ya, por exceso de historia. Mas, aun en ese vehemente deseo de recuperación, en ese designio de ruptura con el pretérito tradicional, nuestros pensadores involuntariamente continuaban la línea cultural de España, que en la segunda mitad del siglo XVIII había comenzado también a pedir con insistencia la unión espiritual con el mundo moderno, a través del cultivo de las ciencias y de la filosofía de la razón. Los nuestros se empeñaban por borrar a España de la conciencia americana, llenando su hueco con elementos franceses, ingleses y norteamericanos. No reconocían más vínculo durable con la antigua metrópoli que la comunidad de idioma. A mediados del

siglo XIX, la dependencia intelectual de España había terminado. No ocurría, sin embargo, lo mismo en lo que toca a las actitudes primarias, más estrechamente ligadas que las ideológicas a lo profundo de la sensibilidad y más influyentes que éstas en el comportamiento. En este otro sentido, seguían viviendo y actuando en conservadores y liberales chilenos algunas de las características que España había impuesto a la vida colonial. En todo caso, los liberales de vanguardia fabricaron una especie de imagen deformada de la Madre Patria que utilizaron como herramienta para representar concretamente el mundo que era necesario combatir y destruir. «España estaba empeñada en no consentir que entrara en el Nuevo Mundo la luz de la inteligencia». Ella misma carecía de toda filosofía y, como América carecía de un pueblo preconstituído en el momento de la Conquista, la sociedad americana resultó exclusivamente de la influencia ejercida por leyes inicuas que no consultaban sino los intereses económicos de la metrópoli. «Toda iniquidad dejaba de serlo desde el momento que se practicaba en los americanos.» La causa de la civilización era para el español, comprometido en la Contrarreforma, la causa de los réprobos. La nación que antaño fuera el asilo de las instituciones liberales, aletargada por la Inquisición, no vivía sino para adorar—heréticamente, diría Lastarria—a Dios y al Rey, convertida en el último baluarte de la uniformidad, del despotismo y de las ideas paganas sobre la organización de la sociedad y del Estado. La civilización española, la más atrasada de Europa, reposa sobre la base de la esclavitud del género humano. «Jamás se ha visto en el mundo cristiano un poder espiritual más fuertemente organizado, más omnipotente, más completo, más invasor, más voraz, más universal que el poder constituido en la monarquía española: el hombre le pertenecía completamente, sin excepción». (1)

«La unión íntima del poder civil y del espiritual, esa alianza poderosa de la monarquía y de la religión, llegaron en las Colonias al grado más portentoso de omnipotencia que jamás haya podido alcanzar el despotismo. Su resultado natural es el aniquilamiento de todas las facultades activas del hombre». (2) España no era sino una vasta e informe masa, el único representante contemporáneo de los sentimientos y de la educación de la Edad Media, en medio del gran movimiento de progreso y de libertad que se operaba en el mundo; el único baluarte de la uniformidad latina, en medio de la civilización cristiana. Le faltaban a Lastarria adjetivos para denigrar— con una vehemencia de estilo muy español, por cierto—a la infortunada nación, latina, medieval, pagana, anticristiana,

(1) América, pág. 218.

(2) América, pág. 223.

despótica. No le importaba que se hicieran fuego unos con otros. ¿Había algún defecto social que no debiera atribuírse a España? Ignorancia de los derechos individuales, despotismo, anarquía, odio a la ciencia, todo eso y mucho más era la herencia de España, que todo lo había esperado del poder estatal y que había hecho girar todas las manifestaciones de su corazón y de su ser alrededor de la voluntad de poderío. ¿Había algo positivo que los hispanoamericanos pudieran recoger del seno de su madre? ¿Una literatura siquiera? Ni aun eso, pues las letras españolas carecen de filosofía y de criterio fijo. ¿Ciencia? ¿Cuándo ha hecho ciencia España? ¿Son españoles por ventura los Bacon, los Galileo, los Newton, los Lavoisier? Gran casualidad es que pueda ofrecer siquiera a sus hijos distantes un idioma digno de ser conservado, una lengua que, por incomprensible fortuna, anuncia los progresos de la razón, «rica y sonora en sus terminaciones, sencilla y filosófica en su mecanismo, abundante, variada y expresiva en sus frases y modismos, descriptiva y propia como ninguna», (1) la lengua de la elocuencia parlamentaria, buena para convencer con brillantes períodos. De lo demás, nada valía la pena. España no era sino una prolongación del Africa en el continente europeo y la América Española no quería ser Africa. Quería ser una nueva Europa, una Europa feliz, la que presagiaban los siglos. El odio a España se adormece a trechos, pero nunca se apaga en el pensamiento de Lastarria. En ocasiones volvía a surgir con violencia satánica: «Perseguiré a los españoles hasta adentro de la Catedral de Buenos Aires... Dénme elementos y verán cómo los pisoteo... persiguiéndolos hasta debajo de la cama de los presidentes», iba a decir en 1865 en carta escrita a don Miguel Luis Amunátegui desde Buenos Aires, en donde representaba al gobierno de Chile. Es cierto que eran días de guerra, pero la nueva contienda no hacía sino reanimar un fuego que no había dejado de arder. La de Lastarria no era acaso sino la voz cantante en medio de un concierto de voces. Las nuevas generaciones renegaban de sus orígenes. ¿No reprocharía Bilbao a su admirado Quinet el haber visto a España «muy en poeta»? ¿No diría Francisco de Paula Matta que la literatura española era incompleta por carecer de una filosofía? «El león de España en el siglo XVI vino a estos países, desgarró los imperios que estaban en él florecientes, y tendió sobre el teatro de sus carnicerías un velo denso que lo ocultase a las miradas del género humano», decían los jóvenes de *El Semanario* de 1842. Apenas si una que otra voz se levantaba para aconsejar tímidamente moderación en el anatema crudo. Bello, con su clásica ponderación, recordaba en vano a sus discípulos que en tiempos pasados todas

(1) Discurso pronunciado en la inauguración de la Sociedad Literaria de 1842, reproducido por los «Recuerdos Literarios», pág. 129.

las naciones colocadas en condiciones parecidas a las de España habían cometido depredaciones semejantes. En vano decía que, antes que acusar a ninguna nación determinada, sería preciso culpar a la naturaleza del hombre, pues cuando los débiles que invocan la justicia conquistan la fuerza, tórnanse tan injustos como sus opresores. Los jóvenes intelectuales necesitaban afirmarse a sí mismos, dibujar con claros trazos el perfil de la nación emergente y para ello era preciso justificar a todo trance la Independencia, demostrar su necesidad, mostrar los horrores del régimen antiguo. «La emancipación del espíritu es el fin de la Revolución Americana y el principio contrario es la base de la civilización española.» La revolución fraccionó por eso a la familia española en dos ramas tan profunda y radicalmente separadas, que colocó en extremos opuestos e inconciliables las condiciones de existencia y progreso de las dos secciones. El avance de la América Española está en razón directa de la abjuración de su pasado. Rechazar a España es rechazar su idea del hombre, hecha realidad en sus viejos dominios, y aceptar una idea nueva: el hombre libre y destinado a la perfección en esta tierra. (1)

En la imagen del hombre que hay implícita en el pensamiento de Lastarria se encuentran presentes algunos elementos que, aunque más antiguos en la historia de la filosofía, adquirieron nuevo sentido y vigor con el romanticismo. Entre ellos, hay que citar en lugar preferente ese optimismo vitalista, para el cual, como diría Eugène Pelletan, «a medida que la humanidad se desarrolla, una cantidad mayor de vida universal, vale decir, de Dios, entra en ella». Dejando aparte la relación de lo vital con términos religiosos, no era otra la idea de Lastarria cuando subordinaba su ardiente liberalismo a la suprema finalidad de desenvolver al máximo las potencias humanas, convencido de que el hombre es un ser perfectible, capaz de asumir, dentro de atmósferas propicias, formas imprevisibles e inéditas. Por otra parte, su honda convicción de que América, más que la vieja Europa, era el continente llamado a realizar por primera vez una vida auténticamente humana, por la implantación de un régimen trazado a la medida del hombre, nos confirma en la presunción anterior y nos da la clave para entender su concepción del progreso. Nada lo sublevaba más que la afirmación de que hay un progreso fatal, determinado por Dios o por la acción de fuerzas humanas inma-

(1) Acaso la primera reacción contra semejante espíritu de total negación la hallamos en Pérez Rosales que, en sus *Recuerdos del Pasado*, haciendo el relato de sus viajes por Europa, habla cordialmente de España como de la nación en que, al revés de lo que ocurre en otros países del Continente, impera el corazón más que la cabeza, manifestándose en hospitalidad y lealtad. «Esa Madre Patria que tan poco conocemos, cuyo cielo, producciones, idioma, costumbres nos parecen nuestros». Con él empezaba el redescubrimiento de España.

nentes e invencibles. Lastarria concebía al hombre como un ser dotado de poderes embrionarios que no podrían desarrollarse sino en un régimen de libertad. El gran enemigo del progreso es el Estado que se extralimita y que absorbe al individuo, paralizándolo. El crecimiento ilegítimo de la maquinaria estatal ha sido determinado y conscientemente dirigido por minorías despóticas que han perseguido con ello sólo su propio interés y ha sido favorecido por una ley de inercia que, consagrando por al solo correr del tiempo la autoridad de las instituciones establecidas, ha creado sobre Europa más que en América una costra dura de prejuicios sociales materializados en instituciones y opuestos al ejercicio efectivo de la libertad. América, en cambio, menos cargada de historia y tradiciones y más claramente resuelta, desde la Emancipación, a recomenzar su existencia por diferentes caminos, está destinada a realizar la democracia, o mejor, la *semecracia* o el gobierno de sí mismo, que es el único régimen político que permite el verdadero progreso humano, la cristalización de sus capacidades virtuales. El progreso no se verifica, pues, por la acción de las circunstancias físicas ni por el simple transcurso creador del tiempo, sino por el influjo de factores que, siendo humanos y productos de la voluntad, son a la vez exteriores al individuo: las constituciones políticas, la armazón de las leyes constitucionales.

No creía incondicionalmente Lastarria, sin embargo, en la bondad del hombre. Desconfiaba, como sabemos, del sentimiento, ese orbe interior no dilucidado que lleva a la persona humana a la negación de sí misma. Reconocía, además, la existencia de instintos antisociales que arrastran hacia una rebeldía sin sentido, a la delincuencia, a la pereza, al conformismo. Mas, todas esas fuerzas negativas le parecían excitadas por las demasías del poder. Crecían a la sombra del despotismo, no en la libertad. El poder que se sale de sus quicios envilece a los hombres. Correlativamente, no hay más alta escuela de moral que la libertad.

Luis Oyarzún